

UNAMUNO EN FAMILIA

MIGUEL DE UNAMUNO PÉREZ*

RESUMEN: El objeto del artículo Unamuno en familia es intentar situar a D. Miguel de Unamuno y Jugo en su ambiente familiar. Este fue el deseo expreso de la Revista de Estudios de la Excm. Diputación Provincial de Salamanca, al hacer el encargo a un familiar de D. Miguel. El autor del artículo ha tratado, de una forma sencilla y no erudita, de situar a Unamuno en el contexto familiar, haciendo uso de tres fuentes, las vivencias familiares que ha recibido y que considera auténticas, la propia obra del poeta-pensador, en especial la poesía y el epistolario familiar y la obra biográfica, fundamentalmente Vida de Don Miguel de Emilio Salcedo. Con estos tres soportes, cree haber encontrado la evidencia, que es a la vez un sentimiento compartido en todos los descendientes, de que D. Miguel de Unamuno y Jugo, dedicó una parte importante de su vida y su obra a su familia, creando a su alrededor un sólido y cálido ambiente de cohesión y cariño, que se unía al respeto y admiración que su obra despertaba en su propia casa.

SUMMARY: The aim of the article "Unamuno en familia" is to attempt to situate D. Miguel de Unamuno y Jugo in his family environment. This was the express desire of the journal Revista de Estudios of the Provincial Government of Salamanca, when they entrusted this to one of Unamuno's relatives. The author of this article has attempted to situate Unamuno within a family context, simply and without pretension, by using three sources of information: the actual experience within the family which he considers authentic, the work of the poet-thinker himself, specially the poetry, the family letters and the biographical works, basically "Vida de Don Miguel" by Emilio Salcedo. The author believes that these three sources give evidence to the feeling shared by all Unamuno's descendents that Miguel de Unamuno y Jugo devoted an important part of his life and work to his family, creating around him a solid and warm atmosphere of cohesion and affection which combined with the respect and admiration that his work aroused in his own home.

PALABRAS CLAVE: Biografías / Siglos XIX-XX.

* C/ Doncellas, 20. 49001 Zamora

No parece tarea fácil, en principio, situar a Don Miguel de Unamuno en el entorno familiar, por dos razones:

La primera es que desaparecida la primera generación de sus descendientes, sus nueve hijos, de los que ocho llegaron a adultos y a su vez tres dejaron descendencia, la mayor parte de las referencias directas de su estilo de vida en casa, trató con su esposa e hijos, se fueron con ellos.

La segunda es que la transmisión de experiencias, impresiones, vivencias de una generación a otra, de hijos a nietos, se ha producido en escasa medida, debido a un estilo de vida o forma de ser, poco comunicativo en apariencia, bajo el que había, sin embargo, un fuerte sentimiento de admiración, afecto y cariño a nuestro antecesor, y una cohesión familiar muy sólida. Es una especie de pudor para hablar en familia de lo íntimo, que se ha dado no sólo en nosotros, sino en Don Miguel, como veremos posteriormente, en su obra, y en alguna referencia de su vida.

Como ejemplo, entre otros muchos posibles, citaré el de una de mis primas que le decía a Luciano González Egido, autor de *Agonizar en Salamanca*, “Como te agradezco esta obra, porque me ha descubierto muchas cosas, ya que en casa era casi un tabú hablar del abuelo”.

Lo que sí me parece que puede afirmarse, es que es proverbial la discreción con que los descendientes de Unamuno han llevado su apellido. Creo que puede decirse que ninguno lo ha utilizado para vivir o servirse de él, y todos hemos aprendido a llevarlo con dignidad, lo que no siempre es fácil o al menos yo diría que genera ciertas obligaciones.

Escribir sobre Don Miguel, llevando su nombre, es un riesgo, que supongo que a nadie se le oculta, y la primera tentación es rechazar la petición que se me hizo para hacerlo, para evitar cualquier comparación de la que no puede haber más resultado lógico que salir mal parado.

A pesar de ello, acepté el encargo porque pensé que había que correr el riesgo y además que no sería razonable, dejar de aportar, sobre la figura de Don Miguel, una opinión sobre el tema que encabeza el artículo *Unamuno en familia*, dada por alguien que puede hacerlo desde dentro del ámbito familiar, aún con las limitaciones a que me referí al iniciar este escrito.

Recuerdo en este momento una cita de un clásico, no recuerdo quien, que dijo “ya que no podamos ser profundos, seamos oscuros”. Pues bien, yo voy a intentar hacer lo contrario, “Ya que no puedo ser profundo, voy a ser, o intentar ser, sencillo”. Decir de forma directa, lo más clara y sencilla posible, cual era, a mi juicio, el entorno familiar de Don Miguel de Unamuno, y sus relaciones dentro del mismo.

Si bien los recuerdos o vivencias recibidos de sus hijos son pocos, lo que sí puedo afirmar es que son significativos, y que, por supuesto, voy a utilizar sólo lo que me conste de forma muy directa y fidedigna, y voy a huir de las anécdotas, la mayor parte de las veces falsas, que sirven para adjudicar a cual-

quier personaje, y que tantas veces alteran, desvirtúan y hasta a veces ridiculizan la personalidad de quien se trata de hacer famoso, las más de las veces, con un dicho ingenioso, acaso simpático, cuando no agresivo, pero nada más.

Una muestra es lo que el propio Don Miguel pensaba de lo que de él se decía. Respondiendo a lo que le preguntó una de sus hijas “¿Papá, todas esas cosas que se cuentan de ti son ciertas?, él responde “No, pero algunas están bien”. Muestra clara, a mi juicio, de la falsedad de prácticamente todas ellas, y la poca importancia que les daba.

Para configurar la figura de Don Miguel en el ámbito familiar, tendremos otros testimonios, en primer lugar el de sus biógrafos, fundamentalmente Don Emilio Salcedo, en su obra *Vida de Don Miguel*, recientemente reeditada y en segundo lugar su propia obra.

Parecería, por otro lado, una temeridad hablar de cualquier autor olvidando lo que él mismo dejó escrito y más aún en el caso de Unamuno, que muestra de forma muy directa su forma de ser en su obra, y dentro de ella, sobre todo en la poesía y el epistolario.

La poesía porque Don Miguel, que ponía la entraña, el sentimiento, con pocos filtros, en todo lo que escribía y hacía, la vierte de forma más directa en su obra poética. Fueron sus propias palabras: “Me horroriza la palabra sabio, no me importaría ser recordado como pensador, pero sobre todo me gustaría ser recordado como poeta”.

Ahora la palabra sabio nos horroriza a todos, pero entonces era de uso común.

A la carta de un lector que le escribió: “Don Miguel, ahora, al cabo de tantos años de leerle, me entero de que también es Ud. poeta”. El contestó “Como que también soy poeta, lo que soy también es todo lo demás”.

Rubén Darío escribió: “Y cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es ante todo un poeta y quizá sólo eso, se me miró con extrañeza y creyeron encontrar en mi parecer una ironía”

Juan Ramón Jiménez, indudable autoridad en la poesía, dice de ambos en 1935 “Rubén Darío y Miguel de Unamuno son, a mi juicio, los dos poetas modernos “modernistas”, más altos de la lengua española. Ellos han influido poderosamente sobre todos los demás y dejaron libre la mejor esencia lírica. Y ellos cambiaron entre sí sus más opuestas y firmes calidades”.

En 1940, pocos años después de la muerte de Don Miguel, insiste Juan Ramón Jiménez en esta apreciación “Siempre que se me ha hablado de una antología de la poesía española contemporánea, he dicho lo mismo: que es imprescindible empezar por Miguel de Unamuno y Rubén Darío, fuentes de toda ella (y de la que falta). En Miguel de Unamuno empieza nuestra preocupación metafísica “conciente”, y en Rubén Darío nuestra creciente preocupación estilística. Y de la fusión de esas dos grandes calidades, esas dos grandes diferencias salta la verdadera poesía nueva”.

Son dos significativos testimonios, entre otros muchos que existen, y que no es posible repetir aquí, porque nos saldríamos del tema que nos ocupa, que demuestran, a mi juicio, que Unamuno ha logrado su deseo de “ser recordado como poeta” y valoran el uso de su poesía para el objeto que nos ocupa.

Y hablemos del epistolario: Es rico, variado, aún no suficientemente conocido porque las cartas por su propia naturaleza se desperdigan.

Tienen la ventaja de que son una comunicación personal, como mucho, familiar, donde se dice lo que se quiere a quien se quiere decir. Se personaliza o familiariza el mensaje, y no va, al menos en principio, destinado a la publicación, lo que permite una mayor sinceridad y sencillez en la comunicación. Encontraremos aquí fácilmente al pensador-poeta en el contexto de la familia.

Con estos tres elementos, vivencias familiares, biografía y su propia obra, trataré de configurar a *Unamuno en familia*.

Tendremos un trípode, la sencilla figura que mejor consigue el equilibrio, pero, eso sí, hacen falta tres soportes firmes y equilibrados: Vivencias, obra y biografía.

Hay una reflexión que yo me había hecho alguna vez: ¿Como era Don Miguel en familia?, ¿Un intelectual, un profesor distante y pensando en sus libros? ¿Era un padre como los demás?

Una de mis tías me dijo que a ella esa pregunta se la habían hecho en alguna ocasión y su contestación fue: “¿Pero que pensáis? Mi padre en casa, es un padre corriente y moliente, no es un padre intelectual”.

Esta opinión -que es, a mi criterio, la mejor que se puede tener de un padre- es coherente con el tono del epistolario. Sus cartas a la familia, durante sus ausencias, son frecuentes, sencillas, con el diferente trato que requiere las dirigidas a su esposa e hijas, las de su hijo mayor Fernando y las bromas a veces a sus hijos pequeños, o su nieto mayor.

Hay constancia de cuatro tarjetas postales expedidas el 16 de Septiembre de 1917, desde Streza (Italia).

“Querida Concha: Te pongo esta tarjeta frente al lago Mayor, que es una cosa espléndida. Dentro de un momento vamos a una de las islas. Mañana, lunes, a la noche salimos para el frente. Lo que no se es cuando acabaremos. Nos abruman a atenciones. Un abrazo de

Miguel”

“Querido Fernando: Tienes que venir por esta tierra no sólo a ver edificios sino paisajes. Ayer vimos la Cartuja de Pavía con dos claustros extraordinarios. Nos tratan extraordinariamente bien. Un abrazo de tu padre

Miguel”

Fernando, su hijo mayor, era Arquitecto, de ahí la sugerencia de ir por aquella tierra “no solo a ver edificios”.

“Querida Salomé: Si esto no estuviera tan lejos sería mejor venir acá que a Figueira. A ver si para otra vez nos invitan a venir a todos. Pero tenéis que aprender por lo menos francés.

Un abrazo de tu padre

Miguel”

“Querido Ramón: A ver cuando yo vuelva lo que has aprendido, y dentro de unos años me traes otra vez acá a ver todo esto.

Un beso de tu padre

Miguel”

Ya dije al referirme a estas tarjetas postales, que hay constancia de cuatro, porque probablemente habría más. Quizás incluso nueve, una para Dña. Concha y otras ocho para cada uno de los hijos, si todos estaban en la casa en aquella fecha: Yo tengo esta convicción porque lo normal es que en una casa, cuando llega una carta o postal para cada miembro, cada uno toma la suya, y nadie se preocupa de registrarlas o conservarlas en conjunto, ni puede hacerlo, ya que normalmente cada persona quiere la suya para si mismo.

El 19 de Agosto de 1918, escribe a Dña. Concha desde Benasque, demandando una carta que esperaba.

“Querida Concha: Te supongo ya en esa, descansada de las fatigas de la Peña y la fiesta de la Alberca y supongo que las chicas siguen allí. Espero aquí la carta que debisteis enviarme a Huesca.

Esto es espléndido. En Barbastro no estaba Mercedes, pero a la vuelta espero verla. Un abrazo de tu Miguel”.

El mismo día escribe a su hijo menor Ramón, por entonces de ocho años de edad.

“Querido Ramón: Dile a mamá que también yo ando por peñas y alturas. Y aquí hay casas que ver para alquilarlas durante el verano. Y a un poco de Francia. Lo que no hay por aquí es patinadero. Y por estos riscos no se patina.

Un abrazo de tu padre.

Miguel”

El 21 del mismo mes y año escribe tarjetas postales a Dña. Concha y a Rafael que por entonces tenía 13 años.

“Querida Concha: Acabamos de llegar del lugar que ves a la vuelta. Tenemos unos días espléndidos y el paisaje es soberbio. Figúrate una Peña mil metros más de alta sobre nosotros. Te abraza.

Miguel”

“Querido Rafael: Vamos a hacer noche hoy en esta casa que ves a la vuelta, más de 500 metros más alto que la Peña de Francia, aunque menos que la de encima de Candelario.

Un abrazo de tu padre.

Miguel”

El día 24 del mismo mes se dirige a Dña. Concha, demandando noticias:

“Querida Concha: Desde que salí de esa no he recibido la menor noticia de vosotros...”

El día 28 otra postal:

“Querida Concha: Salimos hace dos días de Benasque para venir acá donde está el padre de Nogueras. Esto es una aldea de pocas casas. Llevo días molesto con una fuerte indisposición de vientre. Por lo demás bien. Hace un calor terrible. No se nada de vosotros. Espero encontrar carta en Barbastro.

Me parece que voy a renunciar a los días de Barcelona pues siento necesidad de descanso y vida de casa. Que sigáis bien todos.

Un fuerte abrazo de tu

Miguel”

Insisto, como dije antes que aunque las cartas conocidas son muchas, son sin duda una pequeña parte de las que hubo.

Por otro lado, parece indudable por el tono y la demanda de cartas y noticias, que es más lo que escribe que lo que recibe.

El afecto y añoranza de la familia y la casa parece indudable, y el escritor ya famoso, aunque no con fortuna -nunca la tuvo- no duda en invertir su tiempo en mantener lazos de comunicación con su casa, una carta o una postal para cada uno, como un sencillo y afectuoso padre de familia.

Este estilo de cartas sigue siendo una constante en su vida.

El 26 de marzo de 1924, durante su destierro en Fuerteventura a su hijo Ramón, por entonces de 14 años de edad:

“Querido Ramón: A ver si te esmeras en aprender la historia de España. Y pregúntale al profesor si sabe algo de la época del majalulato.

Un abrazo de tu padre

Miguel”



*Fig. 3 Miguel de Unamuno en el balcón de su casa.
(c. 1930, Casa-Museo Unamuno).*

El 24 de Febrero de 1936, desde la Embajada de España en Londres escribe a Miguel Quiroga Unamuno, su nieto mayor, hijo de Salomé

“Querido nieto: No se todavía nada de ti ni de vosotros todos. Fernando y yo estamos bien. Me acordé mucho de ti viendo una exposición de arte chino, en que había muchos dibujos que te habrían gustado mucho. Una porción de animales, pájaros, flores dibujadas en seda.

El tiempo está muy templado pero hoy hay bastante niebla.

Y no te digo ni os digo más.

Recibe besos de mi parte y dáselos a tu primito.

Tu abuelo

Miguel”

Miguel Quiroga Unamuno, el destinatario de esta carta, hizo en 1997, declaraciones a una revista en que entre otros recuerdos, dice:

“...Le recuerdo como un ser normal. No lo relaciono con la literatura, sino con el recuerdo que un niño tiene de su abuelo. Era muy entrañable y no era, como se ha dicho, nada cascarrabias. El fue quien me enseñó a dibujar; lo hacía muy bien.... Lo recuerdo como un hombre muy cordial, siempre sentado con los pies dentro de la mesa camilla, o en la cama...

Nunca me dio una voz más alta que otra. Le gustaban mucho los niños.

Era generoso. Bueno, generoso como se puede ser en la posguerra...”

Hay dos profundas y sentidísimas cartas, con motivo del fallecimiento de su nuera María, la primera mujer de su hijo Fernando.

Una al mismo Fernando, desde Hendaya, el 22 de junio de 1927.

“Un fuerte, muy fuerte abrazo del alma, mi querido Fernando. Y no quiero decirte más, hijo mío. Ya he perdido una hija.

Y que buena era. Así, sencillamente, buena, que es todo lo que hay que ser.

Dios no ha querido otra cosa. ¡Hágase su voluntad!”.

La otra de la misma fecha a su hija Salomé.

“Mi querida Salomé: Supe la noticia, pero no por Viguri, sino por Cardenal. Uno que vino de esa le dijo a Viguri que María ya no tenía salvación. Lo mismo que me dijo tu madre en su carta. Pero ayer recibí de Salamanca un telegrama de Cardenal dándome el pésame.

Os espero a todos y sobre todo a Fernando, le necesito aquí y él necesita venir. No tengo que explicaros lo que me ha producido esa muerte. Lo he recordado todo. Otra de mis preocupaciones -ya conocéis la una, hija mía- eran Fernando y su mujer, y ya sabéis porqué. Y haberse muerto después de ese triste aborto. ¡Que tragedia!.

Hoy estoy recordando cuando fueron a buscarme a Canarias y todo aquel viaje. Pero no quiero seguir...

Cuando vengáis traedme un ejemplar de Niebla; tengo que repararlo para unas consultas del traductor norteamericano.

Y nada más. Aquí nos diremos todo, y eso que yo entre vosotros suelo enmudecer. En casa me ata un pudor que no suelo tener fuera de ella. Es algo que no ha llegado a comprender del todo tu madre, y díselo. Por eso muchas veces prefiero escribir.

Yo me encuentro físicamente bien. De otras cosas no quiero hablar. Me parecen, junto a lo nuestro, a lo íntimo familiar, chinchorrerías.

A todos un abrazo, y para ti uno muy apretado de tu padre.

Miguel"

Estas dos cartas, por su profundidad y sentimiento muestran de forma muy directa a su autor y no parece necesaria ninguna explicación.

Aún así, no me resisto a hacer una referencia al profundo sentimiento religioso contenido en esa frase "Dios no ha querido otra cosa. ¡Hágase su voluntad!", que desmiente de forma definitiva la fama de descreído que le acompañó casi toda su vida y aún después de su muerte.

Aparece una clara expresión del sentimiento de pudor ante la familia -y extendido en la misma- y la importancia de lo íntimo, lo familiar, frente al resto, lo que él llama "chinchorrerías".

Otra muestra de sus sentimientos ante su familia es lo que ocurrió durante su exilio voluntario en Hendaya, donde unidos a un matrimonio de amigos (las esposas hablaban por un lado y los hombres por otro); Don Miguel leyó un verso al amigo y al reunirse los matrimonios, éste le instó a que se lo leyera a las esposas, a lo que después de hacerse mucho de rogar, accedió.

Su mujer le pidió que se lo diera para copiarlo y enviárselo a sus hijos, y después de nuevas insistencias y negativas, ésta llegó a decirle:

Muy bonito, de modo que se lo lees a los extraños y no dejas que lo lean tus hijos.

Es que me da mucha vergüenza que leáis mis cosas, contestó él.

Pero si lo vamos a ver después publicado, continúa Dña. Concha.

Y el responde: No es lo mismo, no es lo mismo, en ese momento ya es de todos.

Parece ser que en la casa nunca se hablaba de sus obras y únicamente los hijos encontraban a veces en libros o artículos, ideas o comentarios que habían oído al padre durante las charlas o comidas hogareñas.

No estaba exenta la relación familiar de los normales toques de humor, como la ocasión en que ante la baránda que ocasionaban sus hijos y los amigos de éstos en una habitación (es de suponer que fuera una tarde de "estudios"), al

salir de la habitación se encontraron un gran letrero en la puerta, puesto por Don Miguel, con la palabra *establo*.

Era Dña. Concha Lizárraga, su esposa, que tanto influyó en la vida de Don Miguel, una mujer alegre, de buenos sentimientos y gran sentido común, hasta el extremo que alguna vez él confesó a sus hijos que le avergonzaba estar triste delante de su mujer.

Reflejo de ello, es una ocasión, en que estaba Don Miguel haciendo solitarios con una baraja junto a su hija María que cosía y entró Dña. Concha, mi abuela, contando algo intrascendente a juicio de los dos primeros y riendo. Después de salir de la habitación sin conseguir transmitir su alegría a los otros, el padre, Don Miguel, le dijo a su hija: “Es que tu madre no cree en la muerte y yo no creo en la vida”.

Estas palabras pueden parecer tristes, a mi en su día me dejaron realmente sobrecogido, pero la referencia es muy directa y para mi totalmente fidedigna.

En la obra poética, las referencias a temas familiares son tan numerosas, que es imposible repetirlas aquí, no ya todas, sino ni siquiera una parte sustancial, pero si debo citar algunas.

Desde las más sencillas referencias al hogar:

“En el fondo, las risas de mis hijos
Yo, sentado al amor de la camilla...”

Otras pensando en el futuro de sus descendientes y de su obra:

“Los hijos de mis hijos
si llegan han de ver
las obras de mis obras
llevando mi alma en pie”

Con referencia a sus nietos, el 28 de octubre de 1936, dos meses antes de su fallecimiento:

“Aquí mis nietos se quedan
alentando mientras puedan
respirar
la vista fija en el suelo
¿Que pensarán de un abuelo
singular?”

Otra en su llegada a casa de noche:

“Cuando he llegado de noche
todo dormía en mi casa,
todo en la paz del silencio
recostado en la confianza.

Sólo se oía el respiro
 respiro de grave calma,
 de mis hijos que dormían
 sueño que la vida alarga.
 Y era oración su respiro
 respirando el sueño oraban,
 con la conciencia en los brazos
 del Padre que el sueño ampara.
 Eres, sueño, el anticipo
 de la vida que no acaba,
 vida pura que respira
 debajo de lo que pasa”.

Hay poemas de todo tipo, dedicados a su madre, a su esposa, Dña. Concha, a la muerte de esta, que tan profundamente le afectó:

“Perdí mi ancla, mi costumbre
 y me lleva a la deriva
 el siglo, cruel pesadumbre
 si esperanza no la estriba
 ¡Ay, aquel adiós postrero
 de sus ojos moribundos
 su sonrisa en el lindero
 que separa los dos mundos;
 Se hundió en la mar del olvido
 porque van las almas, solas,
 y hoy me siento confundido
 sólo con su sombra a solas.
 Hemos hecho nuestro dueño
 al olvido en la memoria
 todo esto es, Dios, el ensueño
 que hace de la nada gloria”.

Por no alargar este escrito, no transcribiré la titulada *Su anillo ahora en mi dedo*, expresiva del doble anillo de viudo.

Otras dedicadas a los hijos

“No me mires así a los ojos, hijo mío,
 no quiero que me arranques mi secreto
 y cuando yo te falte
 sea el veneno de tu pobre vida.
 Nunca, nunca, la sombra de tu padre
 te vele el sol de la alegría dulce
 ¿Alegría te dije?
 no, no te quiero alegre
 pues en la tierra
 para vivir alegre

menester es ser santo o ser imbécil.
De imbécil, Dios te libre,
y de santo.... ¡no se lo qué decirte!”

Profundamente dramática la titulada *En la muerte de un hijo*.

“Abrazame, mi bien, se nos ha muerto
el fruto del amor;
abrázame, el deseo está cubierto
en surco de dolor.”

Este poema lo dedica a un hijo, recordando a su padre:

“Si ahora muriese yo, pobre hijo mío,
que hasta alcanzar un beso,
cual codiciado fruto, por mis piernas
trepas con dulce anhelo,
hablándome del mítico futuro
en que seas tu grande y yo pequeño;
si ahora muriese yo se borraría
de tu mente el recuerdo
de la figura paternal. Mi imagen
hundida de tu espíritu en el lecho,
de impresiones diversas el torrente
anegaría presto.
Niño era como tu, cuando mi padre
dio su postrer aliento,
y de su imagen en mi mente queda
sólo débil reflejo,
unido al raro choque que causara
en las entrañas de mi virgen seso
oirle conversar con un extraño
en idioma secreto,
oirle hablar en extranjera lengua...
¡Cuán hondo fue el efecto
para mi alma infantil tierna y sencilla,
vislumbre de misterio,
del milagro incesante del lenguaje
fugitivo destello!
¡Así en las nieblas de mi albor lejano
de mi padre dilúyese el recuerdo
de aquella escena en que me hirió la mente
con el ámbito envuelto!
Mas no importa, hijo mío, hijo del alma;
la fe me da consuelo,
mi fe robusta de que nada muere,
de que todo a posarse va a lo eterno,

de que al morir toda visión desciende
 a las entrañas del océano inmenso,
 y desde el fondo oscuro,
 desde el ignoto seno,
 alimenta la vida que se tiende
 donde a las olas baña el sol de fuego.
 En el oscuro abismo de tu espíritu,
 sin tú mismo saberlo,
 con su follaje depurando el aire
 que hinche de tu alma el pecho,
 vivirá vida oscura,
 la de olvidado ensueño,
 el tronco paternal a que trepabas
 con infantil empeño
 a recoger el codiciado fruto,
 de mi boca a segar amante beso.”

Sería mucho e importante, -pero no es este el lugar, ni yo la persona más apropiada- lo que podría hablarse de la crisis y profundo cambio que la enfermedad de Raimundo, el tercer hijo, desencadena en la obra, pensamiento, sentimiento religioso, y en conjunto en la vida de Don Miguel.

Inicia la redacción del diario íntimo, se interna varios días en el Convento de San Esteban, de los Dominicos de Salamanca, faltando, por primera y única vez en su vida a algunas clases, se inicia, en resumen la conocida crisis de 1897.

Como expresión poética del profundo sentimiento que este hecho le produjo, me limitaré a transcribir aquí el poema que en 1902, fecha de la muerte de Raimundo, escribió en el título de:

EN LA MUERTE DE UN HIJO.

Aún me abrumba el misterio de aquel ángel
 encarnado, enterrado en la materia,
 y preguntando, con los ojos trágicos
 de mirar, al Señor, por la conciencia.

Aún recuerdo las horas que pasaba
 de su cuna a la triste cabecera
 preguntándole al Padre con mis ojos
 trágicos de soñar, por nuestra meta.

Y su entreabierta boca siempre henchida
 de un silencioso grito de protesta
 que a la mudez del cielo respondía
 con su mudez de aborto de profeta.

Con el sólo bracito que movía
 -el otro inerte- en lenta lanzadera

se cunaba, o dejaba acaso al aire
de sueños inconcientes una tela.

Cruzadas sus piernitas escondían
de sus puras vergüenzas la promesa,
y del pecado original sondaba
ya atribulado la fatal leyenda.

Leía que en sus ojos un espanto
de ultracuna anidada, mar de pena,
angélico mensaje del fatídico
amor sin gloria de los hijos de Eva.

Y un alba se apagó, como se apaga
al asomar el alba allá en la extrema
nebulosa del cielo aquel que nunca
podremos ver recóndito planeta.

Pero en mí se quedó y es de mis hijos
el que acaso me ha dado más idea,
pues oigo en su silencio aquel silencio
con que responde Dios a nuestra encuesta.

Haré uso ahora, de su biografía, *Vida de Don Miguel* de Emilio Salcedo, de ese libro “conmovido y conmovedor” como dice del mismo Pedro Lain Entralgo, entre otras muchas cosas, en el magnífico prólogo.

Por el carácter de este artículo y la extensión limitada, transcribiré algunos pasajes que hacen referencia a su vida familiar.

La primera cita enlaza con la enfermedad de su hijo Raimundo, a la que acabo de referirme y dice Emilio Salcedo textualmente:

“De aquel tiempo, Felisa Unamuno me ha contado como su padre los invitaba a todos a jugar delante de su hermano Raimundin para distraerle. No se ha destacado nunca suficientemente la faceta del Unamuno afectivo. Menéndez Pidal y Pérez de Ayala han recordado como Don Miguel se entendía magníficamente con los niños y, niño yo y él anciano jubilado, le conocí y tal es mi recuerdo”.

Parece el de Emilio Salcedo un testimonio fiable, primero porque lo era su persona y su estilo de escribir, y después, porque en este caso une a su propio recuerdo “niño yo y él anciano jubilado le conocí y tal es mi recuerdo”, tres muy fiables, el de Felisa de Unamuno, Menéndez Pidal y Pérez de Ayala.

Sigo citando textualmente a Salcedo:

“En el recibidor, hoy zaguán del museo, en el perchero, colgaban los hijos de Unamuno los gorros de papel que éste, infatigablemente, les hacía. A veces

los visitantes se asombraban y Don Miguel advertía que tan sombreros eran aquellos de papel como los de trapo y que tanto derecho tenían los niños a colgar allí sus gorros como las personas mayores”

Más adelante cita a su esposa con estas palabras:

“Dña. Concha quiere enormemente a Don Miguel; pero a veces ha de confesarle que, sinceramente, no entiende la complejidad de su carácter”.

Poco después recuerda la relación con sus hijos:

“Y no es, desde luego, un padre severo, sino comprensivo y cariñoso, niñón, padrazo. Muchos salmantinos recuerdan haber visto a Don Miguel sentado en el suelo de su despacho jugando con sus hijos menores, haberle visto haciéndoles gorros de papel. Se cuenta, incluso, que, aún rector, viviendo en la Calle de Libreros, su casa rectoral, era el refugio de todos los chicos de la barriada, y un día que armaban demasiado y no le dejaban escribir, mientras su hermana y su mujer habían ido a una novena se puso enérgico y ordenó que todos se fuesen a la cama. Hubo protestas infantiles, pero no las atendió. “¡Todos a la cama, sin protestar!”. Al anochecer, cuando Dña. Concha Lizárraga y su cuñada María de Unamuno volvieron de la iglesia, se encontraron con varios niños llorando: eran los hijos de los vecinos, que Don Miguel, sin contemplaciones había castigado como suyos”.

Se refiere Salcedo a su estancia en París después del destierro en Fuerteventura con las siguientes palabras:

“Y allí sueña en el salmantino parque de San Francisco, tan próximo a su hogar en la calle de Bordadores. ¡Allí si que estaba en el centro del univeso!”.

El 29 de Septiembre de 1934, pocos meses después del fallecimiento de su mujer, tuvo lugar un acto público, que deja constancia, una vez más, de la importancia e influencia que en su vida tuvo su esposa, Dña. Concha Lizarraga.

Ocurrió, con motivo del homenaje que la ciudad de Salamanca le hace con presencia del presidente de la República Alcalá Zamora, el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el salmantino doctor Villalobos y otras muchas altas representaciones de España y Portugal, además, naturalmente de las de Salamanca, junto con su Alcalde Prieto Carrasco.

Así lo relata Emilio Salcedo:

“Las lágrimas asoman repetidamente a sus ojos y la voz se le estrangula. Maurice Legendre, que acompaña a Unamuno, le ve abatido, deshecho por la emoción.

Esto ya no importa -le dice Don Miguel-; ya no tiene importancia nada desde que murió ella.”

A mi juicio creo que queda suficientemente demostrado, con los tres sopor-tes empleados, vivencias familiares, obra de D. Miguel, especialmente poesía y epistolario familiar y referencias biográficas, que D. Miguel de Unamuno y Jugo, dedicó una parte importante de su vida y su obra a su familia, creando a su alrededor un sólido y cálido ambiente de cohesión y cariño, que se unía al res-peto y admiración que su obra despertaba en su propia casa. Por otro lado, y pienso que esto también es importante, es éste un sentimiento extendido y com-partido por todos sus descendientes, que por supuesto podríamos estar equi-vocados, pero somos muchos y es difícil que nos confundamos tantos.

Juan Ramón Jiménez dijo en 1946, en carta a Carmen Laforet: “Miguel de Unamuno murió escribiendo en plena hermosura”.

Yo añado que vivió una vida extraordinariamente dura y hermosa, y que reservó sus más íntimos sentimientos y lo más hermoso de su corazón para su familia, y que la imagen de “*Unamuno en familia*” en el trípode que habría de servirle como soporte, se sujeta firmemente como buen hijo, buen esposo, padre y abuelo.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- Miguel de Unamuno.
Obras Completas.
Afrodisio Aguado S.A. Madrid, 1958.

- Miguel de Unamuno
Epistolario inédito. Volúmenes I y II
Edición: Laureano Robles
Espasa-Calpe. Madrid, 1991.

- Emilio Salcedo
Vida de Don Miguel.
Anaya.

- José Ignacio Tellechea Idígoras
El Eco de Unamuno.
Fundación Universitaria Española. Madrid, 1996.

- Suplemento Dominical *El Mundo*.
Madrid, 21 de Diciembre de 1997.